

Introducción

En 1927 el cronista Manuel Álvarez Sánchez describía Avilés como una «villa de ensueño que [...] emplazada en suave ladera, ligeramente acariciada, como coqueta matrona, por las suaves brisas del mar, ofrece desde la inmediata colina de La Luz el golpe de vista de una población ideal». No imaginaba el ilustre historiador la gran mutación que trastornaría este supuesto mundo idílico, cuando en la segunda mitad del siglo xx la ciudad se convirtió en el mayor centro siderúrgico de España.¹

El paisaje jugoso y verdeante que abraza Avilés sobresale por la bondad de sus aguas. Estas siempre brotaron con extraordinaria abundancia, lo que favoreció los asentamientos humanos a partir de la misma prehistoria. A ello hay que unir el papel esencial que la ría ha jugado en su vertebración geográfica. La villa asomada al mar Cantábrico, gracias a su privilegiado emplazamiento e importante papel en el abastecimiento de la capital del Principado, pronto se convirtió en la segunda ciudad asturiana mientras dispuso del puerto más importante del litoral en la región.

Desde la época visigótica en el siglo vii, el castillo de Gauzón, que se alzaba sobre el peñón de Raíces en el concejo de Castrillón, vigiló atentamente las actividades comerciales de los vecinos asentamientos humanos. Esta población iba concentrándose de forma progresiva en torno al fondo de saco de la garganta marítima, que se extendía a los pies de su colina. Dentro de sus muros los orfebres prerrománicos alumbraron la cruz de la Victoria (908), símbolo del reinado de Alfonso III el Magno y que se convirtió en un emblema de Asturias.

La urbe bajomedieval, ceñida con sus murallas y arrabales extramuros como el barrio de pescadores de Sabugo, sobrevivió con pocos sobresaltos hasta las primeras décadas del siglo xix. Con el avance de la primera industrialización en Asturias, que va unida a la minería del carbón y al desarrollo de la siderurgia, Avilés emprendió la canalización de la ría y la construcción de la dársena, lo que la reafirmó como centro marítimo y puerto carbonero desde 1880.

¹ Manuel Álvarez Sánchez: *Avilés: leyendas, apuntes de novela, anécdotas, bijos ilustres, curiosidades históricas*. Madrid: Imp. G. Fernández y Galo Sáez, 1927, p. 11.

En torno a 1900, la entonces denominada la Atenas de Asturias vivió una especie de *belle époque*, no exenta de contradicciones. Indianos, comerciantes, veraneantes y un cuerpo intelectual donde no faltaron catedráticos, artistas y pintores fueron los protagonistas de un momento de renacer cultural cuyo emblema podría ser el flamante Teatro Palacio Valdés, financiado por suscripción popular dentro del alegre y brillante estilo modernista que en estos años se apoderaba de una gran parte de las edificaciones asturianas.

También se produjo una irregular industrialización que había tenido su punta de lanza en las factorías de zinc de Arnao (1854) o las de vidrio de Orobio y Cía. (1844) e Ibarra, Pola y Cía. (1882). En el cambio de siglo nuevas iniciativas empresariales dibujaron un atractivo panorama con la fundación de factorías de nueva planta, como la fábrica de harinas El Águila (1893), de azúcar de Villalegre (1896) o La Curtidora (1902), entre otros establecimientos menores con una dimensión económica de cobertura.

Pero la mayor transformación del paisaje industrial se produjo durante la segunda mitad del siglo xx, cuando los altos hornos de Ensidesa crecieron en la margen derecha de la ría, recuperando para la región el liderazgo en la siderurgia española. Una auténtica fiebre del oro se apoderó de Avilés y su comarca, un fenómeno parecido al que narra la célebre película *La leyenda de la Ciudad sin Nombre*, del director Joshua Logan (1969), referente a un pueblo del lejano oeste donde se descubrió tan preciado metal.

La desmesurada arquitectura tecnológica de la gran industria pesada recién instalada contrastaba violentamente con las dimensiones más reducidas de las factorías anteriores. Una ingente población alóctona, atraída por las favorables condiciones de trabajo, se incorporó a la zona con los consiguientes problemas de integración social. El área industrial de la margen derecha de la ría no tardaría en desbordarse a los concejos vecinos, que se convirtieron en receptores de multinacionales.

Cuando las minas de oro se agotaron en Ciudad sin Nombre, siguiendo el argumento de la cinta cinematográfica ya citada, esta despertó de su sueño y trató de volver a sus raíces. Algo parecido ocurrió en Avilés y su *hinterland* cuando una serie de crisis sucesivas, la del petróleo (1973), la de la reconversión (1982) o la financiera (2009) afectaron profundamente sus cimientos económicos hasta llegar a la actualidad, con el desmantelamiento de obras tan importantes como la central térmica de Ensidesa, que mantenía un récord mundial de funcionamiento (1956-2005).

La llegada de la sociedad posindustrial, con el creciente dominio del sector servicios y las empresas de alta tecnología, impone una serie de desafíos a una de las zonas más afectadas de Asturias por el cambio del modelo económico. Como una promesa de esperanza habría de recibir el bodegón cubista que el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer, una de las figuras más señeras del movimiento moderno, proyectó para la Isla de la Innovación en terrenos liberados de sus anteriores funciones industriales.

La naturaleza de la arquitectura industrial de Avilés, el marco histórico y cultural que la hizo posible, sus principales cultivadores, el análisis del detalle de sus contenidos geográficos, económicos, sociales y estéticos, y la puesta en valor de un patrimonio lleno de interés de cara a su preservación en el futuro son algunos de los aspectos del presente estudio. Este trabajo completa una trilogía, cuya línea de investigación se inició con la publicación de la *Arquitectura industrial en Gijón: la huella de una ausencia* y *Arquitectura industrial en Oviedo y su área de influencia: una realidad dúplice*.